

rehusando ocuparse de eso; y ella, las pocas veces que escribía á los Misard, sólo recibía contestaciones vagas; ningún comprador se presentaba, las frutas se habían estropeado, las legumbres no crecían por falta de riego. Poco á poco, la gran tranquilidad en que se había hundido el matrimonio después de la crisis, se turbaba así, parecía ser arrastrado por un nuevo y terrible acceso de fiebre. Todos los gérmenes de malestar, el dinero ocultado, el amante introducido en la casa, se habían desarrollado, les separaban ahora, les irritaban uno contra otro. Y en medio de aquella agitación creciente, la vida se iba á convertir en un infierno.

Por otra parte, y como consecuencia fatal, todo se estaba á perder alrededor de los Roubaud.

Una nueva borrasca de chismes y discusiones soplabá en el pasillo. Filomena acababa de romper violentamente con la señora Lebleu, por una calumnia de esta última, quien la acusaba de haber vendido una gallina muerta de enfermedad. Pero la verdadera razón del rompimiento estaba en una reconciliación entre Filomena y Severina. Una noche reconoció Pecqueux á ésta del brazo de Santiago; y la mujer del subjefe, olvidando sus antiguos escrúpulos, estuvo muy amable con la querida del fogonero; y Filomena, muy halagada por aquella amistad con una señora, que era incontestablemente la distinción y la belleza de la estación, acababa de aplastar con su desprecio á la mujer del cajero, aquella bruja vieja, capaz, según decía, de ha-

cer que se pegaran de bofetadas las montañas.

La acusaba de todas las desgracias, gritaba ahora por todas partes que el cuarto que daba á la calle pertenecía á los Roubaud, y que era una abominación el no devolvérselo.

Las cosas principiaban, pues, á ponerse muy malas para la señora Lebleu, tanto más, cuanto que su encono en acechar á la señorita Guichón, para sorprenderla con el jefe de estación, amenazaba también proporcionarle serios disgustos; no conseguía sorprenderles, pero cometía ella la falta de dejarse sorprender, pegado el oído á las puertas; de tal suerte, que el señor Dabadie, exasperado por aquel espionaje, había dicho al subjefe Moubis que si Roubaud pedía otra vez el cuarto, estaba dispuesto á apoyar su demanda.

Y como Moubis, poco charlatán de costumbre, había repetido aquello, estuvieron á punto de pegarse de puerta en puerta, de una punta á otra del pasillo; de tal suerte se habían enardecido de nuevo las pasiones.

En medio de aquellas sacudidas cada vez más violentas, Severina sólo tenía un día feliz, el viernes. Desde Octubre había tenido la tranquila audacia de inventar un pretexto, el primero que se le ocurrió, un dolor en la rodilla, que necesitaba los auxilios de un especialista; y cada viernes salía por el exprés de las seis y cuarenta de la mañana, tren conducido por Santiago, pasaba el día en París con él, y volvía por el exprés de las seis y treinta. Los primeros días creyóse obligada á darle á su marido noticias de la rodilla;

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD DE MEXICO
MEXICO

seguía mejor, se había empeorado; después, viendo que ni siquiera la escuchaba, cesó por completo de decirle una palabra. Y á veces le miraba, preguntándose si sabía cómo aquel celoso feroz, aquel hombre que había matado, cegado por la sangre, en una rabia imbecil, llegaba hasta el punto de tolerarle un amante. No podía ella creerlo, parecía simplemente que su marido se embrutecía.

En los primeros días de Diciembre, una noche glacial, Severina esperó á su marido hasta muy tarde. Al otro día viernes, antes que despuntase el alba, tenía que tomar el exprés; y la víspera de aquel día, por la noche, esmerábase generalmente en su tocado, preparando su ropa para poder vestirse en seguida al salir de la cama.

Al fin se acostó y acabó por dormirse á eso de la una. Roubaud no estaba de vuelta todavía. Ya dos veces se había recogido al amanecer, entregado por completo á su pasión, cada día más intensa, sin poder arrancarse del café, en el que una salita del fondo se convertía poco á poco en un verdadero garito: jugábanse gruesas sumas al *ecarté*. Contentísima por dormir sola, mecida por la felicidad que la esperaba al otro día, dormía Severina profundamente en el dulce calor del lecho.

Iban á dar las tres cuando un ruido extraño la despertó. Primero no pudo comprender, creyó soñar y se volvió á dormir. Eran choques sordos, crujidos de la madera, como si se tratase de forzar una puerta. Un ruido de astilla que salta, una

desgarradura más violenta la hizo sentarse sobre la cama y quedó aterrorizada: alguien seguramente descerrajaba la puerta del pasillo. Durante un minuto no se atrevió á moverse, escuchando, zumbándole los oídos. Luego tuvo suficiente valor para levantarse, para ver; anduvo sin hacer ruido, descalza; entreabrió despacito la puerta de su cuarto, y el espectáculo que presenció en el comedor la dejó como clavada de sorpresa y de espanto.

Roubaud en el suelo, boca abajo, apoyado sobre los codos, acababa de arrancar el friso con un cincel. Una bujía junto á él le alumbraba, proyectando su sombra enorme hasta el techo. Y en aquel minuto, inclinada la cara sobre el hoyo que hacía en el pavimento una hendidura negra, miraba con la mirada ensanchada.

La sangre daba un color violado á sus mejillas; tenía su cara de asesino. Brutalmente hundió la mano; no encontró nada, azarado como estaba, y tuvo que acercar la bujía. En el fondo aparecieron el portamonedas, los billetes, el reloj.

Severina lanzó un grito involuntario, y Roubaud, aterrorizado, se volvió. Durante un momento no la reconoció; creyó sin duda que era algún espectro, viéndola tan blanca, con sus miradas de espanto.

—¿Qué es lo que estás haciendo?—preguntó su mujer.

Entonces, comprendiendo, evitando contestar, sólo soltó un sordo gruñido. La miraba, molestado por su presencia, queriendo enviarla á la cama. Pero no se le ocurría una palabra

razonable, únicamente le venían ganas de abofetearla, viéndola así tiritando, desnuda.

—¡Muy bien!—continuó—te opones á que compre unas botas y coges el dinero para tí, porque has perdido.

Aquello le puso furioso. ¿Iba á estropearle ahora la vida, á estorbar sus placeres, aquella mujer, á la que ya no deseaba y cuya posesión no era más que una sacudida desagradable?

Puesto que se divertía con otras cosas, ninguna necesidad tenía de ella. Registró de nuevo, cogiendo sólo el portamonedas que contenía los trescientos francos en oro. Y así que hubo puesto el friso en su sitio de un taconazo, vino á escupirle esto en la cara con ademán frenético:

—¡Me estás haciendo la santísima, hago lo que me da la gana! ¿Acaso te pregunto yo lo que dentro de un rato harás tú en París?

Después, con un furioso movimiento de hombros, se volvió al café, dejando la bujía en el suelo.

Severina la recogió y fué á acostarse helada, conservando la bujía encendida, sin lograr dormirse de nuevo, esperando la hora del exprés, enardecida poco á poco, con la mirada ensanchada. Ahora era cosa cierta, habia habido una desorganización progresiva, como una infiltración del crimen, que descomponía á aquel hombre y que había podrido todo lazo entre ellos. Roubaud lo sabía todo.

FIN DEL TOMO PRIMERO

Obras de fondo y surtido

	Pesetas
Alas (L.)— <i>Clarín</i> .—Cuentos Morales; en 8.º....	4
Alcalá Galiano (D. A.)—Memorias publicadas por su hijo; 2 tomos en 4.º.....	10
Balzac (H. de). La Vendetta; en 8.º, con ilustraciones de Klong.....	2
Barcia (D. R.)—Sinónimos castellanos. Edición póstuma corregida y considerablemente aumentada por su autor; en 4.º.....	8
Call. —Higiene del alma y de sus relaciones con el organismo; 3.ª edición, en 4.º.....	4
Calles de Madrid (Las). — Revista cómico-lírico fantástica, extraordinariamente aplaudida, silbada y prohibida en el teatro Circo de Price; folleto en 4.º.....	1
Candial Martínez (F.)—El consultor. Manual teórico-práctico del fabricante de jabones; 3.ª edición, en 4.º.....	6
Canonge (F.)—Historia militar contemporánea (1854 1871), traducida por J. Prast y Jimeno; 2 tomos en 8.º.....	6
Castelar (E.)—Galería histórica de mujeres célebres; 8 tomos en 4.º.....	40
Daudet (A.)—Port-Tarascón. Últimas aventuras del ilustre Tartarín; en 8.º.....	3,50
Delcourt (P.)—El crimen de Pantín; en 8.º.....	2
Delpit (A.)—El divorcio de Edmundo; en 8.º...	3,50
—Desaparecido. Versión española; en 8.º.....	3
—Como en la vida. Versión castellana; en 8.º	3
—Las dos á un tiempo. Versión castellana; en 8.º.....	3
—¡Toda corazón! Versión castellana; en 8.º...	2,50
Díaz Pérez (N.)—Diccionario histórico, biográfico, crítico y bibliográfico de autores, artistas y extremeños ilustres; 2 tomos folio con retratos....	20